

Pero recordad siempre, y en cada momento de miseria o de esplendor, que cada uno de vosotros es único. Así como nuestros rostros, o nuestras huellas dactilares, nos diferencian de los demás, también nuestro carácter y nuestro modo de ver el mundo son por fuerza distintos. Estamos condenados a ser originales. O dicho con menos énfasis y más exactitud: en nosotros está la semilla de la originalidad. De nosotros depende que arraigue y que germine, y que crezca y que se multiplique, o que se agoste y acabe dando apenas unos frutos raquíuticos. Se trata, en definitiva, de “ser nosotros mismos”. Y ése es el secreto último del éxito. Éxito: he aquí una palabra que en nuestros tiempos se ha manipulado hasta la perversión. A todos nos gusta tener éxito en nuestras profesiones, claro está, pero no olvidemos que hoy día el éxito es una de las drogas más diabólicas y adictivas que existen. El éxito es relativamente fácil de alcanzar. Es una mercancía al alcance de mucha gente. A veces basta salir un par de veces en la televisión, o aprovechar los vientos favorables del arte del consumo, del arte efímero de usar y tirar, que concede a muchos sus momentos de gloria. Porque los mercachifles de la cultura trafican sobre todo con el presente, e intentan convertir el arte en algo meramente novedoso: es decir, en noticia, en fenómeno de actualidad. Y quien entra en ese juego, y conoce el fulgor del éxito, luego ya no sabe renunciar a él, y vive angustiado por el temor a perderlo, y trabaja obsesionado, y alienado, por ese monstruo ya insaciable.

Curso académico
2007-2008

D. LUIS LANDERO
PROFESOR DE LITERATURA



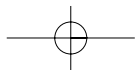
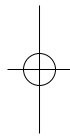
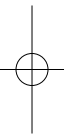
BIENVENIDOS A ÍTACA


 Real
 Escuela
 Superior

1831

de Arte
 Dramático

LUIS LANDERO nació en Albuquerque (Badajoz) en 1948. Licenciado en filología hispánica por la Universidad Complutense, en la actualidad es profesor de Literatura Dramática en la Real Escuela Superior de Arte Dramático de Madrid. Tras su espectacular debut literario con *Juegos de la edad tardía*, Landerero se confirma como uno de los mejores novelistas de la literatura reciente, con títulos como *Caballeros de fortuna* (1994), *El mágico aprendiz* (1998) y *El guitarrista* (2002). También es autor de *Entre líneas: el cuento o la vida* (2000) y de un brillante libro de artículos, *¿Cómo le corto el pelo, caballero?*, aparecido en 2004. En abril de 2007 publica *Hoy, Júpiter*.



L E C C I Ó N I N A U G U R A L

D. LUIS LANDERO
PROFESOR TITULAR DE LITERATURA

BIENVENIDOS A ÍTACA

Curso académico
2007-2008


Real
Escuela
Superior | 1831
**de Arte
Dramático**

S U M A R I O

DULCE, GRAVE, SINCERO	6
BIENVENIDOS A ÍTACA	10

BIENVENIDOS A ÍTACA

© Luis Landero

Primera edición: octubre 2007

Fotografía de portada

© Iván Giménez, 2007

Impresión Rumagraf SA

Avda. de Pedro Díezs 25, 28019 Madrid

Depósito Legal: -----

DULCE, GRAVE Y SINCERO

Al comenzar el curso 2007-2008, dejamos atrás la celebración del 175 aniversario de la Real Escuela Superior de Arte Dramático (RESAD), fundada en 1831, como sección del Real Conservatorio de Música María Cristina, con el nombre de Escuela de Declamación Española.

Con motivo de la efeméride hemos recordado a muchos de los maestros que han pasado por nuestras aulas, desde aquellos primeros, Carlos Latorre y José García Luna, hasta los actuales, como Ricardo Doménech o Joaquín Campomanes, pasando por Julián Romea, Teodora Lamadrid, Cipriano de Rivas Cherif, Guillermo Díaz-Plaja, Francisco Nieva, Miguel Narros, Marta Schinca, Lourdes Ortiz o Miguel Medina Vicario.

En el curso que comenzamos, 68 profesores ejercerán su magisterio en la casa. Para algunos de ellos, éste será el último año en que estén en la Avenida de Nazaret como docentes estrictos. Sin duda, volverán, en una u otra ocasión, como maestros que nunca dejarán de serlo, pero ya desde el júbilo, desde la alegría de una activa jubilación. Tal podrá ser el caso de uno de nuestros queridos y admirados profesores, Luis Landero que, al acabar el curso 2007-2008, colgará sus botas de dómene de todos los latines literarios; sobre todo, de los dramáticos. Luis, amante del deporte del balompié, sabe que colgar las botas sólo significa dejar el terreno de juego, para pasar de ser observado a

ser observador. Observar y, entonces, también sentir, como nos dice en su lección.

Un papel, este de observador, que, por otra parte, siempre ha interpretado Luis Landero, y fruto de ello es su espléndida y ejemplar creación literaria, comenzando en su aparición deslumbrante en el ruedo ibérico de las musas con *Juegos de la edad tardía*, hasta llegar a la publicación de su más reciente obra, *Hoy, Júpiter*, un nuevo hito.

No hace mucho tiempo le preguntaba a Luis por los laberintos que se encierran en el conjunto de sus creaciones, unas creaciones que son un incontable número de cajas chinas en las que se hallan volcadas sus propias vivencias, muchas de ellas generadas en las aulas. En estas y en otras aulas que ha habitado el maestro que sobre todo es Luis. Y él no me negaba esos vericuetos vivenciales y estilísticos; es más, los afirmaba con rotundidad, al tiempo que me confesaba: “Quizás haya llegado la hora de escapar volando del laberinto”. Escapar volando del laberinto...

En su última creación, esa citada, *Hoy, Júpiter*, Landero perfila un personaje fascinante, Tomás. Es un catedrático amante de Chéjov, que goza explicando a sus alumnos, por ejemplo, como en Tío Vania se cuenta “qué es lo que pasa cuando no pasa nada”. Es un docente que, como Luis, piensa que Chéjov es puro siglo XX, y que nadie, ni siquiera Joyce, ha contado como él el entramado invisible de la vida. Es significativo que el joven catedrático Tomás, tras una tan apasionante como discreta peripecia vital, vuelva a un origen, a un paraíso terrenal, a una biblioteca. Escapa volando del laberinto hacia la literatura, su refugio íntimo, su mejor escenario.

“Me gusta alargar la escritura para que no se me escapen las ganas de vivir”, me ha confesado Luis. Es lo que ha hecho, hace y hará Landero siempre. Una escritura que puede tener una normativa muy en consonancia con la que su propio personaje Tomás encierra en cuatro mandamientos: “Ser acto”, estar en el instante; “aligerar el yo”, mirar a los demás; “fijar la mirada”,

observar y observar, y “ser en todo momento dulce, grave y sincero”... ¿Qué es eso de ser dulce, grave y sincero, querido Luis? “Pues que la originalidad consiste en ser uno mismo”, nos contesta.

Luis Landero, uno de los maestros de nuestra RESAD, nos muestra un camino hacia la perfección no fácil de transitar. Supongo que se lo muestra a sí mismo también cada día. Dulce, grave y sincero... ¡Qué saludable tener, en el proceloso sendero del aprendizaje y la enseñanza, del aprender y el enseñar, compañeros de viaje como Landero!

Ignacio Amestoy
Director de la RESAD

BIENVENIDOS A ÍTACA

Apenas me he puesto a preluar algunas ideas para este discurso, cuando me ha salido al paso la inevitable experiencia del tiempo. El tiempo es nuestro mayor abismo existencial. La vida, ciertamente, como se viene repitiendo desde la más remota antigüedad, con una mezcla de resignación y de estupor, es breve. Diríase que la semana pasada yo era como vosotros, joven e invencible, y que ayer mismo llegué por primera vez a esta Casa, y hoy de pronto me encuentro aquí, ya con las primeras sombras del crepúsculo al fondo del camino, hablando ante vosotros en este acto ritual de apertura del curso y de renovación por tanto de las ilusiones, de los proyectos, de la fe en el futuro, del pacto inmemorial del hombre con la esperanza y con los sueños... Pero del mismo modo que es inevitable encontrarse con esas palabras luminosas, llenas de anhelos y promesas, si miramos un poco más allá en el tiempo, vislumbraremos también los contornos de sus contrarias: la decepción, el tedio, el desánimo, la derrota. Y entonces me pregunto: ¿Qué será de vosotros? Porque en el curso de vuestra vida tendréis tiempo para todo: para creerlos dioses y para creerlos mendigos. Para la esperanza y para la desilusión. Conoceréis el éxito y el fracaso, la plenitud y el vacío, la

exaltación y la apatía. No nos engañemos: así es la vida, éstas son las reglas del misterioso oficio de vivir.

Pero recordad siempre, y en cada momento de miseria o de esplendor, que cada uno de vosotros es único. Así como nuestros rostros, o nuestras huellas dactilares, nos diferencian de los demás, también nuestro carácter y nuestro modo de ver el mundo son por fuerza distintos. Estamos condenados a ser originales. O dicho con menos énfasis y más exactitud: en nosotros está la semilla de la originalidad. De nosotros depende que arraigue y que germine, y que crezca y que se multiplique, o que se agoste y acabe dando apenas unos frutos raquíticos. Se trata, en definitiva, de “ser nosotros mismos”. En eso consiste la originalidad. Y ése es el secreto último del éxito. Éxito: he aquí una palabra que en nuestros tiempos se ha manipulado hasta la perversión. A todos nos gusta tener éxito en nuestras profesiones, claro está, pero no olvidemos que hoy día el éxito es una de las drogas más diabólicas y adictivas que existen. El éxito es relativamente fácil de alcanzar. Es una mercancía al alcance de mucha gente. A veces basta salir un par de veces en la televisión, o aprovechar los vientos favorables del arte del consumo, del arte efímero de usar y tirar, que concede a muchos sus momentos de gloria. Porque los mercachifles de la cultura trafican sobre todo con el presente, e intentan convertir el arte en algo meramente novedoso: es decir, en noticia, en fenómeno de actualidad. Y quien entra en ese juego, y conoce el fulgor del éxito, luego ya no sabe renunciar a él, y vive angustiado por el temor a perderlo, y trabaja obsesionado, y alienado, por ese monstruo ya insaciable.

Hay una palabra que a mí me gusta mucho y que la aprendí de niño, de labios de mi madre, y que encierra toda una filosofía. “Tienes que hacer las cosas con jeito”, me decía mi madre. “Jeito” es una palabra que no existe oficialmente en castellano.

Es una palabra portuguesa (“jeitu”), y también gallega (“xeito”), que significa “actitud”, “gesto”, “disposición” con que se hacen las cosas. Mi madre era campesina y vivía en la frontera con Portugal, allí donde las lenguas, en una especie de síntesis babélica, mezclaban sus letras y sus músicas con un desenfado de lo más creativo y saludable. Y uno de los muchos términos que recuerdo de aquel contrabando léxico es justamente “jeito”, así, pronunciado a la española. Creedme si os digo que es una palabra maravillosa, una construcción semántica comparable a una catedral gótica o a una locomotora de vapor, y cuya elaboración ha requerido siglos de civilización, de refinamiento cultural. Ser jeitoso (o “xeitoso”, en gallego) es hacer las cosas bien por el gusto de hacerlas, no por un interés inmediato sino porque sí, por el puro gusto de hacerlas bien, de dar lo mejor de nosotros mismos, de otorgarle resplandor al instante, a los instantes que no parecían llamados a perpetuarse sino a extinguirse en la grisura del tedio, de la rutina, de la desgana de vivir. El niño que juega en soledad y se esmera en lo suyo, sin necesidad de ser mirado ni admirado, es una persona jeitosa. Y también lo es Sócrates, y con qué profunda levedad, cuando aprende a tocar un aire de flauta en su última noche de condenado a muerte. “¿Y por qué, maestro, si vas a morir en unas horas?” “Pues por saber algo más antes de morir”. En algunas obras arquitectónicas de los viejos tiempos hay detalles magníficos en emplazamientos recónditos, medio secretos, que escapan a la mirada del curioso. ¿Para qué se hicieron entonces, y por qué tanto esmero en algo que nadie iba a mirar ni a admirar? “Porque Dios lo ve”, decían aquellos artífices, que es tanto como decir que por puro jeito, por el sabio placer de hacer las cosas lo mejor posible, por colmar el anhelo de perfección que hay, o debería haber, en todos nosotros. Hoy se tiende a despachar todo deprisa y de cualquier manera, y a

menudo por el ansia del dinero y la fama, y es una pena que, pudiendo ser “xeitosos”, muchos opten por la vulgaridad de ser meramente exitosos. Cuánta razón tiene esa frase tan manida pero tan certera de que un sabio se recupera enseguida de un fracaso, pero un imbécil no se recupera nunca de un éxito. Seamos, pues, jeitosos, confiemos en nosotros mismos, y no intentemos gustar a los demás al precio de traicionar o malbaratar nuestro verdadero modo de ser, nuestra originalidad, nuestro mundo.

La búsqueda y la conquista de ese mundo propio, intransferible, es la tarea esencial del artista. Pero ¿cómo llegar a descubrir ese universo nuestro, ese yacimiento de oscuros saberes y de experiencias únicas que habita en lo más hondo de nosotros? ¿Cómo saber de dónde brota nuestro manantial? ¿Dónde ir a buscarnos a nosotros mismos? ¿Tendremos, como Ulises, que navegar por mil islas y salir airosos de innumerables aventuras para llegar a Ítaca, nuestra patria final? Sin duda. Cada cual es Ulises en busca de sí mismo. Ésa es la tarea esencial de la vida. Sólo que Ítaca no está lejos. No, ya estamos en Ítaca: sólo nos queda conquistar ese reino que se extiende a nuestro alrededor. Aquí están nuestras verdaderas maravillas: las sirenas, los cíclopes, y en nuestros trayectos cotidianos, en nuestro diario ir y venir, está contenido el viaje mítico hacia la tierra primigenia. Y es que, como decía Ortega, lo extraordinario y original no está más allá, sino más acá, en torno a nosotros, confundido con las horas más humildes de nuestra vida. ¿Queréis llegar a Ítaca y reinar sobre vosotros mismos? Pues bien, aprended a observar. Todo es interesante, todo es nuevo, cuando se mira con paciencia y con atención. Las cosas que nos rodean están por descubrir. Y es que vamos por la vida demasiado aprisa, sin fijar la mirada en las cosas. Y, lo que es peor, damos las cosas

por sabidas. Nos encomendamos a la costumbre, que es el peor y más declarado enemigo del conocimiento.

Contra la modorra de la costumbre, la vigilia del asombro. Un artista (o cualquier persona medianamente lúcida y creativa, lo cual ya es mucho) es alguien que vive, y se obstina en vivir, en un cierto estado de asombro. De extrañamiento. Recordemos a Platón: el conocimiento es hijo del asombro. “Asombrarse, es empezar a entender”. Luis Buñuel nos cuenta en sus memorias que se obligaba todos los días a inventarse una historia, al menos durante media hora. Como quien va al gimnasio para ejercitar sus músculos, él ejercitaba su imaginación. Porque, si no, como todo, la imaginación se marchita, se atrofia. Pues bien, así como Buñuel entrenaba diariamente el poder de su fantasía, del mismo modo debemos disciplinarnos en el asombro. No demos las cosas por sabidas. Vayamos directamente a ellas para conocerlas de primera mano. Valle Inclán de primera mano, el canto del mirlo de primera mano, Hamlet de primera mano, la música de las primeras lluvias del otoño de primera mano, nosotros mismos de primera mano. Estrenemos el mundo cada día. Libemos en la flor antes que en la miel. Seamos altivos y radicales en el afán de conocimiento. E incansables, como cuando éramos niños y vivíamos en un casi continuo estado de asombro, porque todo estaba entonces por descubrir... Un artista, o un filósofo, o un científico, o un buen aficionado al arte o a la filosofía, es, en el fondo, alguien que prolonga su infancia. Defended vuestra inocencia, no dejéis que se muera el niño que aún vive en vosotros. No os acomodéis a los usos que os imponen. Sed apasionados, audaces, imaginativos y jeitosos, y hasta un punto arrogantes, para no aceptar así, sin más ni más, sin haberlos hecho pasar antes por la aduana de vuestro criterio, los saberes envasados y listos ya para el consumo. Recordad que la vida es

un viaje sólo de ida. No merece la pena renunciar a la originalidad, a la incertidumbre, a la pasión de ser nosotros mismos. Vivamos la vida como lo que es: una aventura irrepetible.

Bueno, para rebajar algo el tono moralista que está adquiriendo esta disertación, voy a contaros una anécdota de Darwin, que yo creo que viene aquí pintiparada. Darwin era entonces muy joven, más o menos como vosotros. Y un día, en sus paseos campestres, observó que había granjas con campos magníficos de tréboles rojos, en tanto que en otros, colindantes, los tréboles crecían del todo desmedrados. Siguiendo con sus investigaciones detectivescas, encontró (y aquí está la finura genial de la mirada) que en las granjas donde había gatos era donde los tréboles crecían con más y mejor lustre. ¡Qué misterio! De ahí pasó a observar que los tréboles eran polinizados por unos abejorros que a su vez tenían por depredadores a unos ratoncillos silvestres. Entonces el joven Darwin estableció una cadena lógica de una brillantez que se codea con la mejor invención literaria. Donde hay gatos hay menos ratones, donde hay menos ratones hay más abejorros, donde más abejorros, mejores campos de trébol, donde mejor y más abundante trébol, mejores vacas, donde mejores vacas, más proteínas, y donde ocurre esto la gente tiene más posibilidades de mejorar su lugar en el mundo. El mejor salto lírico quizá no consiga construir un puente de tan delicado cristal como el que va de los gatos a la inteligencia.

Todo consiste, pues, en observar. Ahora bien: el arte y el hábito de observar no son fáciles, ni se dan de balde. Quizá por eso, casi nadie mira con sus propios ojos. Y es que la costumbre, que lo da todo hecho, es de lo más hospitalaria y cómoda. Delegamos en ella porque mirar y pensar por cuenta propia exige un esfuerzo, una dedicación, un precio que no todos (yo diría que

muy pocos) están dispuestos a pagar. Exige, por ejemplo, una cierta lentitud, y precisamente en un mundo donde todo invita a la velocidad anestesiante y a la fugacidad de las cosas y de las ideas. Exige consciencia, en una sociedad donde la irresponsabilidad y la desidia son hábitos ya casi honorables. Y exige soledad y recogimiento, no la soledad melancólica sino la placentera y laboriosa de la incertidumbre y de la inteligencia. Los mejores frutos que ha dado la filosofía, o la ciencia o el arte, han surgido de esa actitud ante la vida que yo os invito a hacer vuestra de una vez para siempre. Yo diría incluso que la clarividencia es para vosotros casi un deber moral, entre otras cosas porque el teatro, mal que bien, sigue teniendo la sagrada misión de civilizar y educar espiritual y sentimentalmente a la sociedad, y de sacudirla de un sopor y de una rutina mental que empiezan ya a ser enfermizos. Ante el mal gusto que vemos continuamente a nuestro alrededor, la belleza es un acto revolucionario. Y cuando hablo de belleza no hablo de torres de marfil ni de estrategias evasivas, ni de mera retórica, sino de una vía esencial de conocimiento. Descubrir la belleza inquietante del mundo, de las cosas humildes, cotidianas: ésa es una de las grandes tareas del artista y el mejor motivo que existe del gozo intelectual. Reivindiquemos el concepto de belleza. De esa belleza abismal que supieron descubrir en las cosas y en los hombres un Van Gogh, un Mozart, un Chéjov, un Antonio Machado, o de esa otra belleza trágica o absurda de Macbeth, de Estragón o de Antígona. La belleza nos recuerda nuestro compromiso moral con el mundo, y nos enfrenta abiertamente al encanallamiento y a la estafa de la estética del dinero, de la triste y vulgar belleza del glamour, y de todos esos sucedáneos que quieren vendernos como canon de la belleza y que no son más que el mal gusto y la estolidez disfrazados con el chisporroteo

de la quincalla espiritual. No, la belleza es otra cosa. La belleza es, por ejemplo, la voz de Edipo, la línea melódica de una voz cuya trayectoria va desde la más noble solemnidad hasta la desdicha más abyecta. Y es la voz oscura e insondable de Lear, o la alucinada de Segismundo, o la amarga y sencilla de Vania, o las de Max Estrella, de Agamenón, de Tartufo, de Woyzseck... ¿Qué sería de nosotros, de la humanidad, sin ese coro de voces que siguen hablándonos y trayéndonos el testimonio de la aventura del hombre en este mundo?

Ningún arte nos ofrece la música del lenguaje con más riqueza y precisión que el teatro. Y somos lo que hablamos, pensamos con frases, y el lenguaje es quizá nuestra verdadera patria. Entre otras cosas, vosotros sois los guardianes de las palabras. Y recordad que las palabras, y las historias que se cuentan con ellas, no son inocentes. Recordemos “Otelo”. Yago crea con palabras una realidad imaginaria tan fuerte o más que la objetiva. Con palabras convierte a Desdémona en una ramera y entreabre así la puerta a la tragedia. Otelo, como buen celoso, crea también un mundo de papel. El tremendo poder de las palabras: ésa es la gran lección que nos ofrece Shakespeare. Con palabras se han creado patrias imaginarias y se han justificado y se siguen justificando crímenes y genocidios. Quien es dueño de las palabras, es dueño de la realidad. Como decía Octavio Paz: “No sabemos en donde empieza el mal, si en las palabras o en las cosas, pero cuando las palabras se corrompen y los significados se vuelven inciertos, el sentido de nuestros actos y de nuestras obras también es inseguro”. Así que cuidemos las palabras y cuidémonos de ellas.

Y para ir acabando, quiero contaros uno de mis primeros recuerdos, de mis primeras experiencias fundacionales, de esas que son capaces de forjar un carácter o torcer un destino. Un día

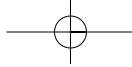
mi padre me dijo que cerrara los ojos e hiciera un cuenco con las manos. Yo debía de tener cuatro o cinco años. Entonces mi padre abrió el cuenquito que yo había hecho, metió dentro un pájaro recién cogido del nido, y volvió a cerrarlo. Y en ese momento yo sentí algo extraordinario, inolvidable. Sentí el latir de la vida, el misterioso y tremendo latir de la vida. Y ése es mi principal criterio estético desde aquel día. Eso es, por encima de otras cualidades, lo que yo le pido a un libro, a una canción, a una película... Cuando asisto a una buena función teatral, siento ese misterioso latir en los conflictos, en los personajes, en las luces, en los gestos, en las palabras... De pronto uno nota que las palabras comunes, las humildes palabras nuestras de cada día, están vivas, y como recién inventadas, y que sus significados son abismales o luminosos, y que palpitan a ser pronunciadas o escritas.

Sentir, de eso se trata. El artista es, ante todo, alguien que siente. Escuchad a vuestro corazón, porque ya se sabe que el intelecto es el que busca y el corazón es el que encuentra. Como decía Cervantes, como repite Goethe: “Basta con sentir”. Y éstas son las palabras esenciales de todo lo que he intentado deciros: “observar” y “sentir”. En mi infancia, como en todas las infancias, los cuentos que me contaban comenzaban diciendo: “Hace mucho tiempo en un país lejano”, y a partir de ahí empezaban a ocurrir prodigios de lámparas mágicas, de cuevas vehementes de tesoros, de reinos submarinos, de princesas cautivas de dragones. Y había también palabras mágicas, poderosas, como “abracadabra” o “ábrete, Sésamo”, capaces de obrar mil maravillas. Y yo pensaba: Qué mala suerte he tenido de nacer en este pueblo y en esta época, donde ya no hay portentos ni palabras mágicas, porque todo lo extraordinario ocurrió hace mucho tiempo en un país lejano. Y transcurrieron los años, y un

día miré al pasado y descubrí que era entonces, en la niñez, y en mi pueblo, cuando vivía en un país lejano, lleno de maravillas que no supe ver hasta que la nostalgia me lo devolvió poetizado por la memoria. Y, del mismo modo, otro día descubrí la poesía y leí: “Yo voy soñando caminos de la tarde”, y me quedé pasmado, porque de pronto el poeta había conseguido convertir las palabras diarias y sencillas en palabras nuevas y mágicas. Como dice Chéjov: “El escritor debe hacer poderosas las palabras humildes, e interesante a la gente vulgar”.

Observar y sentir. Ahí están todas las maravillas y todos los tesoros. Por eso yo os invito a que os digáis cada día a vosotros mismos: “Recuerda que vives en un país lejano”, para que no esperéis más prodigios que los que conquistéis con vuestra mirada y vuestro corazón.

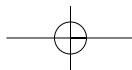
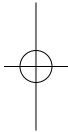
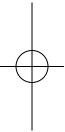
Luis Landero

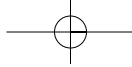



Real
Escuela
Superior

1831

**de Arte
Dramático**





ESTE LIBRO SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EL 15 DE OCTUBRE DE 2007,
FECHA DE APERTURA DEL CURSO ACADÉMICO 2007-2008.

